

DS48
V3N
v.

Biblioteca Central Magna
UANL
FONDO
A. B. PUBLICA DEL ESTADO
74727

VIAGE

A ORIENTE

1881-1881

Por M. de Berut

Traducción

FOR E DE GORR

TOMO II

Edición de 1881

M. D. G. M.

LIBRERIA DE JOAQUIN GONZALEZ

1881

VIAGE

A ORIENTE

PAISAGES

PENSAMIENTOS EN SIRIA.

EL 28 de Marzo salgo de Berut para Balbek y Damasco: la caravana se compone de veintiseis caballos y ocho ó diez árabes a pié, para servirnos y escoltarnos.

Al salir de Berut, se suben unos caminos abiertos, a manera de carriles, en una arena roja, cuyos bordes están festoneados por todas las flores del Asia;—todas las formas, todos los perfumes de la primavera;—nópalos, arbustos espenisos con racimos de flores amarillas como el oro, semejantes a la ginesta de nuestras montañas;—parras entrelaza-

TOMO II.

2

das con los árboles; hermosos algarrobos;—árbol de hojas de un color verde muy oscuro, cuyo tronco tiene una corteza parda, lisa, reluciente, el árbol mas hermoso de estos climas; al cabo de media hora se llega a la cima de la península que forma el cabo de Berut: remata en una punta redondeada en el mar, y forma su base una hermosa y anchallanura, atravesada por el Narh-Berut. Esta llanura, regada, cultivada, plantada de hermosas palmeras, de verdes moreras, de pinos de ancha y frondosa copa, va a espirar bajo los primeros peñascos del Líbano. En el punto culminante de la llanura de Berut se estiende la magnífica escena de Fakar-el-Din ó Fakardin, que es el paseo de Berut, adonde los ginetes turcos, árabes y los europeos, van a ejercitar sus caballos y correr el djerid, y adonde yo iba todos los dias a pasear algunas horas a caballo, ya galopando por las desiertas arenas que dominan el horizonte azul é inmenso del mar, ya al paso, meditando bajo las calles de pinos nuevos que cubren una parte de este promontorio:—no conozco un sitio mas hermoso en el mundo:—aquellos pinos gigantescos, cuyos vigorosos troncos, ligeramente inclinados a impulso del viento marino, alzan como medias naranjas sus anchas copas redondas en forma de quitasol, están sembrados en grupos de dos ó tres árboles, ó aislados de veinte en veinte pasos sobre una arena de oro que corta de trecho en trecho un ligero vello verde de césped y anémonas. Plan-

tólos Fakar-el-Din, cuyas maravillosas aventuras han difundido su fama por Europa: todavía conservan su nombre. Todos los dias veía yo con dolor a un héroe mas moderno derribar aquellos árboles que plantó otro grande hombre: Ibrahim-bajá hacia cortar algunos para su marina, pero todavía quedan bastantes para señalar a lo léjos el promontorio a la vista del navegante y à la admiracion del hombre aficionado a las hermosas escenas de la naturaleza.

Desde allí es, en mi concepto, desde donde se disfruta la mas espléndida aparicion del Líbano: se halla uno á sus piés, pero a bastante distancia sin embargó para que no le caiga encima su sombra, y para que la vista pueda abarcarle en toda su altura, penetrar en la oscuridad de sus gargantas, discernir la espuma de sus torrentes, y circular libremente al rededor de los primeros conos de que está flanqueado, y que sostienen cada cual un monasterio de maronitas; encima de un bosque de pinos, de cedros ó de negros cipreses.

El Sannin, la cima mas alta y piramidal del Líbano, domina todas las cimas inferiores, y forma con su nieve casi eterna, el fondo magestuoso, dorado, morado y rosado del horizonte de las montañas que nada en el firmamento, no como un cuerpo sólido, sino como un vapor, un humo trasparente, al traves de los cuales se cree distinguir el otro

lado del cielo,—fenómeno encantador de las montañas de Asia, que no he visto en ninguna otra parte y de que disfruto todas las tardes, sin acertar á esplicármelo.

Por el lado del Mediodia, el Líbano va rebajándose gradualmente hasta el cabo avanzado de Saide, la antigua Sidon; sus cimas no están cubiertas de nieve sino en dos ó tres puntas mas distantes y elevadas que las otras y que lo restante de la cordillera libánica; siguen, como una muralla de ciudad arruinada, ora subiendo, ora bajando, la línea de la llanura y del mar, y van a morir en el vapor del occidente, hácia las montañas de Galilea, en las orillas del mar de Gennesaret, ó sea el lago de Tiberiades.

Por el lado del norte, se ve una punta del mar que avanza, como un dormido lago, en el llano, medio tapada por las verdes arboledas de la deliciosa colina de san Dimitri, la colina mas hermosa de Siria. En este lago, cuya confluencia con el mar no se ve, están siempre anclados algunos buques meciéndose graciosamente sobre las olas, cuya espuma va á mojar los lentiscos, las adelfas y los nópalos.

Desde la rada, un puente construido primeramente por los romanos y restaurado por Fakar-el-Din, tiende sus ojos, elevados en forma de arcos diagonales, sobre el rio de Berut que corre por

grado en grado, como un torrente de cascada en cascada; luego, de pronto, torciendo hácia el poniente, y formando un gracioso y flexible marco, como un arroyo que entra en un rio, ó que se convierte en rio, entra en un valle mas ancho y se convierte en valle; estiéndose en una anchura de sobre media legua, entre dos cordilleras de la montaña; precipítase hácia el mar por un regular y suave declive, se ahonda ó se alza en colinas, segun los obstáculos de peñascos que encuentra en su carrera; sobre aquellas colinas, sostiene aldeas separadas por barrancos, inmensas mesetas rodeadas de negros pinabetes y bien cultivadas, en las cuales se alza un hermoso monasterio; en aquellas barrancas derrama todas las aguas de sus mil cascadas y las arrastra en brillante y estruendosa espuma. Los costados de las dos paredes del Líbano que le forman estas cubiertas de bellos grupos de pinabetes, y de conventos y altos pueblos, cuyo humo azul se mece encima de sus precipicios. A la hora en que me apareció este valle, el sol se estaba poniendo sobre el mar, y sus rayos, dejando en misteriosa oscuridad las gargantas y los derrumbaderos, rasaban solamente los conventos, los tejados de las aldeas, las copas de los pinabetes y las mas altas cabezas de los peñascos que salen del nivel de las montañas; las aguas, que iban muy crecidas, caian de todas las cornisas de las dos montañas, y saltaban en torrentes de espu-

ma de todas las grietas de los peñascos, ciñendo con dos anchos brazos de plata ó nieve la hermosa meseta, las aldeas, los conventos y los bosques de pinabetes. Su estruendo, semejante al de los cañones de órgano en una catedral, resonaba por todas partes y atronaba los oídos. Rara vez he sentido tan profundamente la belleza especial de las vistas de montañas,—belleza triste, grave y dulce de una naturaleza muy distinta de la de las bellezas del mar ó de las llanuras;—belleza que encoge el corazón en vez de dilatarle; y que parece que participa del sentimiento religioso en la desgracia;—recogimiento melancólico,—en vez del sentimiento religioso en la felicidad;—expansion, amor y alegría.

A cada paso, por las vertientes de la cornisa que seguíamos, las cascadas caen sobre la cabeza del transeunte ó se deslizan por las rendijas de las peñas vivas que han abierto,—goteras de aquel sublime tejado de las montañas que filtran sin cesar á lo largo de sus pendientes. El tiempo estaba nebuloso, la tempestad rugía entre los pinabetes, y nos traía, de cuando en cuando, ráfagas de polvo de nieve que atravesaban colorándole, el fugitivo rayo del sol de Marzo. Me acuerdo del efecto nuevo y pintoresco que producía el paso de nuestra caravana por una de las barrancas de aquellas cascadas. Las laderas de los peñascos del Líbano se

ahuecaban de repente como una profunda ensenada del mar entre las rocas; un torrente, retenido por algunos enormes pedazos de granito, llenaba con sus rápidos y estrepitosos borbotones aquella desgarradura de la montaña; el polvo de la cascada que caía á algunas toesas encima, ondeaba á merced de los vientos sobre los dos promontorios de tierra árida y gris que rodeaban la ensenada, y que, inclinándose de pronto rápidamente, bajaban al cauce del torrente que era preciso pasar; una estrecha cornisa, labrada en la ladera de aquellos montes, era el único camino por donde se podía bajar al torrente para atravesarle. No podíamos pasar sino uno á uno, en hilera, por aquella cornisa; yo era uno de los últimos de la caravana: la larga fila de caballos, de bagages y de viajeros bajaba sucesivamente al fondo de aquella sima, girando y desapareciendo completamente en las tinieblas de la neblina de las aguas, y volvía á asomar lentamente por el otro lado y en la otra cornisa del paso; primero, velada por un vapor sombrío, pálido y amarillento como el vapor del azufre; luego rodeada por un vapor blanco y leve como la plateada espuma de las aguas, luego en fin, espléndida y colorada por los rayos del sol, que empezaba á iluminarla mas, á medida que subía por las laderas opuestas:—era aquello una escena del *Infierno* del Dante, realizada á la vista en uno de los mas terribles círculos que hubiera podido in-

ventar su imaginacion; pero ¿quién es poeta delante de la naturaleza? ¿quién inventa despues de Dios?

La aldea de Hammana, aldea drusa adonde íbamos á hacer noche, brillaba ya en la abertura superior del valle que lleva su nombre. Situada sobre un pico de peñascos agudos y aglomerados, contiguos á las nieves eternas, está dominada por la casa del jeque, colocada sobre un pico mas elevado, en medio del pueblo. Dos profundos torrentes encajonados en las rocas y obstruidos por peñascos que rompen su espuma, rodean por todas partes el pueblo; se pasan sobre unos troncos de pinabetes sobre los cuales han echado un poco de tierra, sin antepechos, y se sube a las casas. Las casas, como todas las del Líbano y de la Siria, presentan à lo lejos una apariencia de regularidad, y cierto carácter pintoresco y arquitectónico, que engaña a primera vista, y las hace parecerse a grupos de quintas italianas con sus tejados de azoteas y sus balcones decorados con balaustradas; pero el castillo del jeque de Hammana escede en elegancia, en gracia y nobleza a cuanto he visto en este género, despues del palacio del emir Beschir en Deir-el-Kamar: solo es comparable á uno de nuestros mas maravillosos castillos góticos de la edad media, tales a lo ménos cuales nos los hacen concebir, sus ruiuas ó como nos los representa la pin-

tura. Ventanas de arco diagonal decoradas con balcones; una puerta alta y ancha coronada por un arco diagonal tambien, que avanza como un pórtico encima del atrio; dos bancos de piedra labrados con arabescos, y unidos á los dos largueros de la puerta; siete ú ocho escalones de piedra circular que forman una escalinata sobre un ancho terrado à que dan sombra dos ó tres inmensos sicomoros y donde siempre mana una agua pura en una fuente de mármol: tal es la escena. Siete ú ocho drusos armados, cubiertos de su noble trage de brillantes colores, con su gigantesco turbante y en marciales actitudes, parece que esperan las órdenes de su gefe; uno ó dos negros, vestidos con chaquetas azules; algunos jóvenes esclavos ó pages sentados ó jugando en las gradas de la escalinata; y en fin, mas arriba, bajo el arco mismo del porton, el jeque sentado con la pipa en la mano, cubierto con un manto de escarlata, y mirándonos pasar en la actitud del poderío y del reposo: — tales son los personajes.

—Añádanse á ellos dos mugeres jóvenes y hermosas, una asomada á un alto balcon del edificio y apoyada en la baranda, otra de pié en un balcon encima de la puerta.

Dormimos en Hammana en un cuarto que nos habian preparado hace algunos dias.

Levantámonos antes de salir el sol, y subimos la última cima del Líbano. Hora y media dura la subida; llegamos en fin á las nieves, y así seguimos en una elevada llanura, ligeramente variada por las ondulaciones de las colinas, como en la cumbre de los Alpes, la garganta que conduce al otro lado del Líbano.

Al cabo de dos horas de penosa marcha por un terreno cubierto de dos ó tres piés de nieve, se descubren primeramente las altas y nevadas cimas del Anti-Líbano, luego sus áridas y peladas laderas, luego en fin la hermosa y ancha llanura del Bka, que es la continuacion del valle de Balbek á la derecha. Esta llanura empieza en el desierto de Homs y de Hama, y no acaba hasta las montañas de Galilea hácia Safad; solamente allí deja un estrecho paso al Jordan que va á desaguar en el mar de Galilea.

Esta llanura es una de las mas hermosas y fértiles del mundo, pero apénas está cultivada; siempre infestada por los árabes errantes, los habitantes de Balbek, de Jaklé ó de las otras aldeas del Líbano apénas se atreven á sembrarla. Riéganla numerosos torrentes y muchos mantiales inagotables, y, cuando la vimos, mas bien presentaba el aspecto de un pantano ó de un lago mal desecado que no de una campiña.

En cuátro horas bajamos á la ciudad de Zaklé,

y el obispo griego natural de Alepo nos recibe y nos da algunas habitaciones. Proseguimos nuestro camino el 30 para atravesar el llano de Bka é ir á hacer noche en Balbek.

RUINAS DE BALBEK.

Saliendo de Zaklé, gracioso pueblo cristiano situado al pié del Líbano, en el bordo de la llanura, en frente del Anti-Líbano, se siguen primeramente, las raices del Líbano subiendo hácia el norte; se pasa por junto á un edificio arruinado, sobre cuyas ruinas han construido los turcos una casa de dervis y una mezquita de un efecto grandioso y pintoresco.

Las tradiciones árabes dicen que aquellas ruinas son las del sepulcro de Noé, cuya arca arribó á la cima del Sanio, y que habitó el hermoso valle de Balbek, donde murió y fué enterrado. Algunos restos de arco y de estructuras antiguas, de los tiempos griegos y romanos, confirman aquí las tradiciones; á lo menos se vé que en todos tiempos este sitio ha estado consagrado por algun gran recuerdo: la piedra sirve aquí de testigo á la historia. Pasamos, no sin trasportar nuestra men-